

EL PADRE CARLOS ORTIZ-RESTREPO, S. J.

Por JORGE ANCÍZAR SORDO, Ph. D.,
Miembro de Número de la Academia
Colombiana de Ciencias Exactas,
Físicas y Naturales.

El 2 de enero de 1975 se extinguió la preciosa existencia del padre Carlos Ortiz-Restrepo, S. J., un virtuoso sacerdote, un distinguido científico y un gran colombiano.

Nació el 30 de mayo de 1893, en el cristiano hogar formado por don Manuel José Ortiz Durán y doña Julia Restrepo Tirado. Fueron sus abuelos paternos don Miguel María Ortiz Durán y doña Bárbara Durán, y maternos el ilustre científico y hombre de Estado don Vicente Restrepo y doña Dolores Tirado. Su padre ocupó cargos importantes, entre otros el de Presidente de la Cámara de Representantes en 1898.

En su tierna infancia estuvo en Francia con sus padres. De ahí que hablara y escribiera el francés correctamente.

De regreso de París ingresó al Colegio de San Bartolomé y desde entonces mostraba grande afición por las ciencias. En su casa de la calle de la Carrera (hoy carrera séptima entre calles séptima y octava) tenía un pequeño laboratorio y un taller de carpintería, lo que le dio más tarde una grande habilidad manual y una especial facilidad para hacer experimentos con medios sencillos y de fácil alcance.

Pronto se despertó en él la vocación religiosa y el 12 de noviembre de 1909 fue admitido en el Noviciado que en Chapinero tenía la Compañía de Jesús, donde tuvo por maestros al padre Pablo Ladrón de Guevara y al padre Jesús María Fernández, que tanta influencia tendría más tarde en su formación científica.

En 1915 sus superiores lo enviaron al Colegio Máximo de San Francisco Javier, en Oña, Provincia de Burgos (España), donde hizo sus estudios de Filosofía.

De allí volvió a Colombia para hacer el Magisterio en el Colegio de San Bartolomé, donde enseñó matemáticas, física y química y publicó, para uso de sus discípulos, unos "Apuntes de Trigonometría". También enseñó cosmología, física e historia natural en el Noviciado de Chapinero.

Terminado el período de magisterio, marchó de nuevo al Colegio Máximo de San Francisco Javier, en Oña, para cursar los dos primeros años de Teología. En seguida pasó al Seminario que la Provincia de Alemania Inferior de la Compañía de Jesús tenía en Valkenburg, Provincia de Limburg (Holanda), en el bello valle del Geul, denominado la Suiza holandesa. Terminó la teología en Valkenburg y fue ordenado el 27 de agosto de 1925.

Por iniciativa del entonces Provincial de Colombia, padre Jesús María Fernández, cuya visión era extraordinaria, un grupo de jóvenes fue escogido para adquirir disciplinas científicas en diferentes ramos, después de terminar su formación teológica. A este selecto grupo pertenecieron Carlos Ortiz Restrepo, Juan María Restrepo Jaramillo, Arturo Montoya, Enrique Pérez Arbeláez y más tarde Jesús Emilio Ramírez y Lorenzo Uribe.

De acuerdo con este plan, el padre Ortiz fue destinado a la Universidad de Munich, en Baviera (Alemania) para especializarse en matemáticas y física. Allí fue discípulo del profesor Leo Graetz, autor de célebres tratados sobre Electricidad, y del profesor Arnold Sommerfeld, uno de los precursores de la física nuclear, autor del famoso libro "Atombau und Spektrallinien".

Durante su permanencia en Munich el padre Ortiz perfeccionó sus conocimientos del alemán, adquiridos en Valkenburg.

Después de la Universidad de Munich pasó a la de Friburgo (Suiza) y se matriculó en la Facultad de Ciencias al comenzar el semestre de verano de 1927. Allí fue donde tuve el privilegio de conocerlo el 30 de abril de ese año, cuando yo cursaba estudios de química, resultando de ese encuentro una amistad que duró hasta el fin de sus días.

Seguimos juntos los cursos de física del Profesor Göckel, pionero de las investigaciones sobre rayos cósmicos, según lo reconoció el Profesor Robert Andreas Millikan, Premio Nóbel de Física

en 1923, en su famoso libro "Cosmic Rays", The Macmillan Company, New York y Cambridge University Press, 1939. En la visita que hice al Profesor Millikan el 3 de agosto de 1940, cuando era Presidente de California Institute of Technology, me expresó su admiración por quien fuera uno de nuestros maestros. También seguimos los cursos avanzados de física que dictaba el Profesor Paul Joye, discípulo del conocido físico Profesor Otto Lummer, de las Universidades de Berlín y Breslau.

Otro de nuestros maestros, y mío en particular, porque bajo su dirección hice mi tesis doctoral, era el Profesor Augustin Bistrzycki, venido a Friburgo de la Universidad Tecnológica de Berlín-Charlottenburg, donde había sido discípulo y luego asistente de los famosos químicos alemanes Profesores August Wilhelm von Hofmann y Carl Liebermann.

Y la mineralogía y sus prácticas de laboratorio estaban a cargo del Profesor Leonhard Weber, que lo era a la vez en la Escuela Politécnica Federal de Zurich, y quien, después de ser discípulo del Profesor Max von Laue, Premio Nóbel de Física en 1914, se había constituido en colaborador del célebre Profesor Paul Niggli en la edición de su Tratado de Mineralogía. Con el Profesor Weber solíamos hacer excursiones de investigación mineralógica a los Alpes suizos y en particular al paraíso de los coleccionistas de minerales raros, el Binnenthal. Allí se veía al padre Ortiz, provisto de su pica de geólogo y su martillo de mineralogista, en busca de gemas y rocas de interés.

Era un experto en fotografía y solíamos hacer ampliaciones de sus películas en el laboratorio de la Universidad.

Durante su permanencia en Friburgo el padre Ortiz se alojó en la residencia para estudiantes de teología denominada "Salesianum", que dirigía el virtuoso sacerdote suizo Monseñor Boxler, muy vinculado a Colombia por haber sido Capellán de la Comunidad de religiosas suizas en Pasto (Nariño).

En alguna ocasión tuvo que ausentarse el Párroco del pueblo de Ueberstorf, en el Cantón de Friburgo, y el padre Ortiz se ofreció para reemplazarlo, aprovechando las vacaciones universitarias. Buen conocedor del francés, como se dijo al principio, y con la precisión del físico y del matemático, preparaba sus sermones por escrito, pues nunca improvisaba, y algunas veces me los leía para oír mis comentarios. Fue tal el éxito que tuvo en la parroquia que, al terminar su corta misión, le hicieron varios agasajos y todos los feligreses querían que fuera a cada una de sus casas. También tuve la suerte de acompañarlo en algunas de esas visitas para apreciar hasta dónde se había captado el cariño de esos campesinos suizos.

Como todos los Jesuitas de su generación, poseía una cultura humanística sobresaliente y una conversación con él era un deleite. Tenía el don de la claridad en la exposición y sus explicaciones eran

precisas y gráficas. Muchas veces, en el curso de nuestra época fribuguense nos explicábamos mutuamente los problemas de nuestras respectivas materias de especialización, y lo que él exponía me permitía comprender y penetrar la materia sin dificultad.

Ya tenía él una sólida preparación académica adquirida en Munich, de tal suerte que, paralelamente con los cursos que seguíamos, pudo iniciar más pronto su tesis, bajo la dirección y en el laboratorio del Profesor Paul Joye. Allí lo visitaba yo todos los días, en las escapadas que hacía del laboratorio químico, y pude seguir el curso de sus trabajos y aprender muchas cosas cuando discutíamos los resultados que iba obteniendo.

En el verano de 1929, el padre Ortiz terminó su tesis titulada "*Étude théorique et oscillographique de la période d'établissement du courant continu dans les transformateurs*".

El 20 de julio de 1929 presentó los exámenes finales para la obtención del doctorado en ciencias, previa aprobación de la tesis por el jurado respectivo, con la calificación Magna Cum Laude.

A principios de 1930 regresó a Colombia e hizo la tercera probación en la Casa de Chapinero, bajo la dirección del padre Luis Jáuregui, y en seguida fue destinado al Colegio de San Bartolomé, en calidad de Profesor de física y química.

En 1934 marchó al Seminario de Santa Rosa de Viterbo (Boyacá), donde se hacía el filosofado y allí enseñó matemáticas superiores y cuestiones científicas relacionadas con la filosofía. En el curso de Ciencias regentó la cátedra de física y logró instalar allí un buen laboratorio para la enseñanza práctica de la materia. También fue Ministro de la Casa.

Al ser nombrado Provincial el padre Alberto Moreno, el padre Ortiz lo reemplazó el 29 de junio de 1934, primero interinamente, y luego como titular, el 1º de agosto del mismo año, en la Rectoría del Colegio de San Bartolomé.

Le correspondió una de las épocas más difíciles. El Gobierno Nacional reclamaba como suyo el edificio donde tradicionalmente funcionó siempre el Colegio. Entre tanto en el Congreso se debatía el problema de la propiedad y la opinión pública seguía con interés el curso de esos acontecimientos.

Como la entrega del edificio al Gobierno parecía inminente, y podía ocurrir de un momento a otro, se planteaba para los Padres Jesuitas un serio problema.

Persuadido el padre Ortiz de la necesidad imprescindible para la Compañía de Jesús de asegurar la continuidad de su labor docente, concibió la idea de construir un nuevo edificio, con recursos propios, en los predios que la Compañía poseía en La Merced, en lo que hoy corresponde a la carrera quinta con la calle 34 de Bogotá. Por eso el nuevo Colegio que allí habría de funcionar se denominó Colegio de San Bartolomé-La Merced, para distinguirlo del tradicional, ubicado en la manzana comprendida entre las carreras sexta y séptima y

las calles novena y décima de Bogotá. Comenzó por convencer a sus superiores para que lo autorizaran a contraer una deuda para financiar el proyecto, lo cual no fue fácil, pero al fin lo logró, y, con la ayuda de uno de sus hermanos se concretó la operación del préstamo respectivo.

El proyecto y su ejecución fueron confiados a la conocida firma de ingenieros y arquitectos que dirigía Ignacio Martínez Cárdenas, quien puso en esta obra todo su interés.

En 1936, con motivo de la celebración del aniversario del vil asesinato del General Rafael Uribe Uribe, frente a la placa conmemorativa de tan luctuoso acontecimiento, tuvieron lugar los actos de costumbre. La multitud que allí se había congregado, bajo la influencia de agitadores, comenzó a lanzar piedras contra el edificio del Colegio, situado carrera séptima de por medio, frente al costado oriental del Capitolio Nacional. Poco después, el padre Ortiz, en su discurso con motivo de la bendición de la primera piedra del nuevo Colegio en La Merced, dijo: "Esas mismas piedras que hace poco nos lanzaron los enemigos del Colegio, son las mismas que ahora colocamos aquí como fundamento del edificio".

Varias veces me invitó a visitar la obra y admiré entonces otro aspecto de su personalidad: su visión y su capacidad de organización y planeación.

Terminado el debate en torno al antiguo edificio de San Bartolomé, le correspondió al padre Ortiz entregarlo al Gobierno para que allí se organizara la enseñanza oficial bajo la dirección de Don Tomás Rueda Vargas.

Después de la inauguración del nuevo Colegio y de su puesta en marcha, el padre Ortiz entregó el rectorado al padre Francisco Javier Mejía, y se dedicó a varias labores. En primer término, como colaborador del ilustre padre Félix Restrepo, en la Pontificia Universidad Javeriana, de reciente fundación. Allí regentó la cátedra de física médica.

A la vez que ejercía el cargo de Prefecto de Estudios de la Provincia, enseñaba física y matemáticas en el Noviciado de Chapinero y organizaba un seminario de física atómica en la Escuela Normal Superior de Bogotá.

Por esa época contribuyó a la fundación de la Federación de Colegios Católicos, de la cual fue Secretario, y en tal carácter concurría, al lado del autor de estas líneas, al Consejo Superior de Educación Nacional.

En 1950 el Gobierno Nacional resolvió llamar de nuevo a los Padres Jesuitas y entregarles la administración del Colegio de San Bartolomé, del cual habían salido el 25 de noviembre de 1940. Al padre Ortiz le tocó entregarlo entonces y recibirlo para ser su nuevo Rector a partir de abril de 1951.

Al asumir tan difícil misión, pues los Padres Jesuitas se habían comprometido con el Gobierno Nacional a mantener el profesorado laico y el alumnado del Colegio, el padre Ortiz mostró una

vez más su extraordinaria capacidad de adaptación a las circunstancias y, dejando a un lado los recuerdos del pasado, emprendió la tarea con el mismo entusiasmo y optimismo que si se tratara de su propio establecimiento, que en años anteriores regentara. Con exquisito tacto logró disipar la atmósfera de desconfianza que creó ese cambio de política oficial, y muy pronto se granjeó la admiración, el respeto y el afecto de profesores y alumnos. Fui también testigo, en visitas que le hice, de ese nuevo ambiente que él supo crear para bien de la educación nacional.

El 6 de enero de 1956 el padre Ortiz fue nombrado Rector de la Pontificia Universidad Javeriana y bajo su administración esa institución registró grandes progresos, debidos a su infatigable energía y a su consagración a todo lo que emprendía, como lo hemos visto en el curso de su vida. Otros más autorizados podrán decir más pormenorizadamente todo lo que él realizó en esta nueva etapa de su actividad.

En julio de 1960 dejó la Rectoría de la Pontificia Universidad Javeriana, para ocupar la del Colegio de San Luis, en Manizales. Allí permaneció hasta marzo de 1963, cuando fue llamado en calidad de Superior a la Residencia de San Pedro Canisio, en Bogotá.

Desde febrero de 1970, cuando su salud dejaba ya que desear, hasta su muerte, residió en el Colegio de San Bartolomé de La Merced. Mientras pudo, desempeñó la Capellanía de la Casa que la Comunidad tiene en La Esperanza (Cundinamarca) e iba allí con frecuencia.

Desgraciadamente la arterio-esclerosis iba avanzando, y él, que era tan comunicativo, tuvo que sufrir primero la pérdida paulatina del oído, y luego los inconvenientes de esa penosa enfermedad, que soportó con resignación cristiana y con el buen humor que lo caracterizó. En las visitas que le hice, tanto en el Hospital de San Ignacio, donde estuvo recluido un tiempo, como en el Colegio, cuando los médicos le permitieron regresar allí, comentábamos los episodios y anécdotas de nuestra época universitaria friburguense, y eran admirables, tanto la lucidez de sus facultades mentales como su memoria prodigiosa. Recordaba detalles que muchos condiscípulos y contemporáneos ya habían olvidado. Al hablar de esos temas su rostro se iluminaba y adquiría de nuevo facilidad para expresarse.

Entre los honores justamente otorgados al padre Ortiz debemos mencionar su elección como Miembro de Número de nuestra Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, el 10 de septiembre de 1954. A ella, que hoy llora su desaparición, le prestó su valioso concurso, y era un placer para todos sus colegas encontrarlo en las sesiones a que podía asistir.

Es muy sensible que las tareas de orden administrativo a que fue llamado el padre Ortiz, en las cuales demostró una extraordinaria competencia, ayudado por sus excepcionales cualidades huma-

nas, lo hubieran alejado de lo que fue siempre, al lado de su ministerio sacerdotal, su otra vocación: la investigación y la docencia. Pero él era la persona indicada para las realizaciones que otro quizás no hubiera logrado en la misma forma, y el sacrificio de su vocación científica, lo ofreció para bien de su Comunidad y de su Patria, que mucho le deben a ese hijo predilecto.

Personas más elocuentes podrán exaltar las virtudes del religioso ejemplar, amante de su Comunidad y de su Patria, y retratarlo más fielmente dentro de las múltiples cualidades que lo adornaron. Irradiaba alegría y optimismo y poseía un

fino sentido del humor, que suavizaba las situaciones tirantes y desarmaba a sus opositores. Su dón de consejo y su dón de gentes eran tradicionales.

El recuerdo del padre Carlitos, como cariñosamente se le llamaba, vivirá siempre en la Comunidad a la cual le dio prestigio, en la Academia, y en medio de sus familiares, sus discípulos y sus amigos, que los tuvo numerosos, siempre con un hondo sentimiento de gratitud por haberlos hecho partícipes de su sabiduría y su bondad. Su vida se presenta como un singular ejemplo para todos nosotros y para las futuras generaciones.